



ARTÍCULOS

Bases para una Teoría General del Desarrollo Económico

James H. Street

Revista de Economía y Estadística, Vol. 2, No 1 (1958): 1º Trimestre, pp. 19-30.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4878>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.
Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.
Contacto: rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar
Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

Cómo citar este documento:

Street, J.(1958) Bases para una teoría general del desarrollo económico. *Revista de Economía y Estadística*. Tercera Época, Vol. 2, No 1: 1º Trimestre, pp. 19-30.

Disponible en: <<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4878>>

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>



REVISTAS
de la Universidad
Nacional de Córdoba



Universidad
Nacional
de Córdoba



FCE
Facultad de Ciencias
Económicas



1613 - 2013
400
AÑOS

BASES PARA UNA TEORIA GENERAL DEL DESARROLLO ECONOMICO

En los últimos años se ha producido un interesante desplazamiento del interés dentro del campo de la teoría económica norteamericana. La atención de los estudiosos, que se centraba antes en torno a la economía de la empresa individual y, por tanto, de los problemas del ciclo de negocios, se ha desplazado ahora hacia el proceso del desarrollo económico.

Existen varias razones para ello. La principal es la tendencia de los acontecimientos mundiales, que siempre repercuten sobre la teoría económica, si bien a veces parecen hacerlo con cierta demora. Los economistas, así como otros hombres de ciencia, están adquiriendo conciencia de la tremenda transformación de las condiciones económicas que se produce, al promediar el corriente siglo, en casi todas partes del mundo. En mayor o menor grado, la Revolución Industrial ha penetrado en todos los rincones y los efectos de ello se sienten, aunque este fenómeno no siempre sea acompañado por la industrialización.

Más aún, incluso pueblos primitivos y otras poblaciones cuyas instituciones sociales habían sido antes estables han comenzado a expresar enfáticamente su deseo de mejoramientos en su modo de vivir. Estas expresiones son con frecuencia confusas y están pobremente orientadas, pero no son por ello menos reales ni dejan de pedir reconocimiento, tal como nos lo han enseñado países como Indonesia, Corea, Indochina, Mala-

sia y el nuevo Estado de Ghana. Un escritor dijo con mucho acierto que esta vasta demanda de mejores condiciones materiales es “la revolución de las crecientes esperanzas”. Durante largos períodos, muchos pueblos no pudieron alimentar esperanza alguna de mejorar sus condiciones económicas. Ahora han empezado a sentir que el progreso no sólo es posible sino además imperativo. Están convencidos de que deben hacer algo en este sentido. Lo que no saben con claridad es qué debe hacerse.

Estos acontecimientos presentan formidables problemas al economista. No sólo debe explicar cómo han venido a producirse estos cambios —lo cual plantea un problema comparativamente simple de análisis histórico—, sino que debe hacer frente a la pregunta crucial: ¿Pueden ser satisfechas esas esperanzas de progreso económico? Esto exige no sólo una comprensión de las fuerzas que gobiernan la transformación económica, sino también alguna idea sobre cómo pueden ser empleadas dichas fuerzas dentro de una infinita variedad de condiciones de ambiente y cultura.

Considerada desde este punto de vista, la perspectiva de elaborar una explicación general —o teoría— satisfactoria del desarrollo económico parece ofrecer pocas esperanzas. Incluso algunos economistas se inclinan a contemplar el intenso interés actual por esta materia, revelado por un alto número de libros y artículos sobre el desarrollo económico, como un interés pasajero que pronto será reemplazado por otros.

Yo no pienso así, tanto debido a que los problemas son tan reales e insistentes, como debido a que el campo de la teoría económica se ha estado moviendo inexorablemente en esta dirección desde hace por lo menos medio siglo. La tentativa de desarrollar una teoría general del desarrollo económico debe ser hecha, aun cuando siempre quedará incompleta en un aspecto u otro. Y, por cierto, creo, que ya han sido efectua-

das algunas contribuciones importantes a tal teoría, como trataré de indicarlo.

Una teoría general del desarrollo económico difícilmente puede ser obra de un individuo o incluso de un pequeño grupo de individuos, porque debe ser muy amplia. Deberá incluir casi todos los aspectos de la economía política considerados por esta ciencia: economía agrícola, economía del trabajo, moneda y sistemas bancarios, economía internacional, etc. En este sentido, el estudio del desarrollo económico no difiere del estudio tradicional de la economía. Trata sobre el mismo material: la producción y distribución de la riqueza. Pero hay una gran diferencia en la orientación de los estudios. En tanto que la economía tradicional se refiere a sistemas *estáticos*, la nueva economía se ocupa de sistemas *dinámicos* o de aquéllos que están en proceso de crecimiento. Es bastante sorprendente que el interés por la economía del crecimiento haya necesitado tanto tiempo para generalizarse y que la economía política haya carecido por lo tanto de una teoría sobre el crecimiento económico reconocida como tal.

Esto llama la atención porque una de las más importantes contribuciones a la teoría del crecimiento económico fue el más famoso libro de la escuela clásica de economía, publicado en 1776. Se trata de *La Riqueza de las Naciones*, que algunas veces es llamado incorrectamente *La Riqueza de la Nación*. El título completo de esta obra es "Investigaciones sobre la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones". Desde luego, fue una temprana tentativa de explicar el crecimiento, no sólo de la riqueza de la nación del autor, Adam Smith, sino de la riqueza de todas las naciones que participaban en la producción agrícola e industrial y en el intercambio internacional de los productos en que cada una se especializaba. Smith se interesó en una economía dinámica y su punto de vista fue profundamente optimista. Su voz fue la de la nueva sociedad industrial, que a su juicio aumentaba el bienestar humano.

Pero el optimismo de Smith cedió poco después ante el pesimismo de Tomas Roberto Malthus y David Ricardo sobre el futuro de la sociedad industrial. Malthus expuso en torno al principio de población su teoría, que no ofrece sino una vida de hambre para la mayor parte de la humanidad.

Ricardo aceptó la teoría de un sueldo apenas suficiente para vivir para la clase trabajadora y al mismo tiempo pronosticó una declinación en los beneficios de los empresarios. Estas visiones sombrías del futuro indujeron al historiador Carlyle a llamar a la economía "la ciencia lúgubre".

Sin embargo, las ideas de Malthus y Ricardo tuvieron tanta influencia durante el siglo diecinueve, que la economía llegó a ser casi por completo la descripción de un estado estacionario. La mayoría de los economistas no continuaron el ensayo de Smith para explicar los principios de la evolución económica.

Sólo hubo dos excepciones: primero, las obras de un grupo de historiadores económicos alemanes, que poco después se hundieron en un pantano de detalles históricos, y segundo, la conocida obra de Carlos Marx, *El Capital*.

Hace desdichadamente muchos años que la economía política necesita de otra teoría distinta de la de Marx y cuidadosamente construída para explicar el proceso de la evolución económica. Ello permite explicar fácilmente el hecho de que muchos intelectuales jóvenes, que buscan la explicación de los sucesos en un mundo dinámico, se sientan atraídos por la teoría marxista.

Tal como ha sido claramente demostrado, la teoría marxista no sólo fue incorrecta en sus predicciones sobre el futuro del capitalismo, sino que además puso énfasis en un grupo de valores que la parte civilizada del mundo se hallaba en la necesidad de rechazar. Marx creía que no sería posible llegar a la utopía comunista sin un proceso destructivo dado por la creciente miseria del proletariado, el conflicto entre las clases

sociales, la guerra civil y, finalmente, las grandes guerras internacionales.

Los economistas no marxistas estaban en consecuencia enfrentados con la necesidad de elaborar otra teoría más satisfactoria del desarrollo económico, una que describiese el proceso con real exactitud y proporcionara las bases necesarias para su aplicación firme en las partes del mundo donde el crecimiento debe ser acelerado sin producir inestabilidad económica ni desorden público.

En los Estados Unidos, a comienzos de este siglo, se efectuaron importantes trabajos acerca de este problema, particularmente los de un hombre de mentalidad penetrante y original. No es conocido como se lo merece. Se llamaba Thorstein Veblen. Veblen y los que lo estudiaron, entre ellos la Escuela Institucionalista, contribuyeron mucho al desarrollo de una teoría del crecimiento económico.

Pero Veblen escribía en un estilo oscuro e irónico y por eso era difícil de entender. La mayor parte de los economistas norteamericanos se ocupaban de problemas prácticos de economía aplicada, como organización financiera de corporaciones, economía de trabajo, transportes, agricultura, etcétera. No prestaron mucha atención a una teoría general de desarrollo económico. Y los economistas teóricos siguieron siendo en su mayor parte discípulos de Alfredo Marshall, de tradición neoclásica.

La Gran Depresión que sufrimos en la década de mil novecientos treinta, con sus problemas centrales, que fueron las mercancías no vendidas y la desocupación, tuvo un efecto profundo en el campo de la economía, por demostrar lo inadecuado de tanta teorización. En sus esfuerzos por explicar y aliviar los males de la depresión, los economistas se vieron abocados al estudio de las fluctuaciones cíclicas del comercio.

De estos estudios se derivó lo que se llama en los Estados Unidos "la Nueva Economía", o "Macro-economía", que es lo

opuesto a la "Micro-economía". Dado que el ciclo económico es un aspecto del desarrollo secular, no es sorprendente que algunas de las principales contribuciones a la teoría general del crecimiento económico provinieran de los estudiosos del ciclo económico, principalmente discípulos de Veblen. Entre esos economistas estaban Wesley C. Mitchell, Simón Kuznets y Clarence Ayres.

A esa altura de su desarrollo, la teoría general del crecimiento económico apenas pudo bastar a las necesidades que se presentaban en el campo de sus aplicaciones prácticas. A fines de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos se hallaban confrontados con los problemas enormes propios de la tarea de asegurar una paz justa y duradera. No sólo fue destruída la mayor parte de la capacidad productiva de Europa, con lo que se puso en peligro la base económica de la mayor parte de la civilización occidental, sino que comenzaron a registrarse en el Oriente crecientes tendencias nacionalistas impregnadas del deseo de independencia y un más alto nivel de vida. El Marxismo —particularmente lo que se llama "comunismo de estómago"— ofrece una atracción lógica a los pueblos hambrientos del Oriente, aunque no asegura una solución de los problemas técnicos ni sociales.

Por otra parte, nosotros, en los Estados Unidos, no ignorábamos que nuestros amigos de América Latina se vieron en dificultades durante la guerra, cuando las manufacturas esenciales escaseaban y los mercados normales de exportación eran inaccesibles. Sabíamos que muchos de los países sudamericanos sufrían los dolores del crecimiento económico y tenían aspiraciones legítimas a la industrialización adicional por medio del intercambio y las inversiones. A esa altura de la situación, nuestro Presidente Truman asumió la dirección de un programa de ayuda mundial que debía realizarse en una escala nunca concebida antes.

El Plan Marshall en Europa, el programa del Punto

Cuarto para asistencia técnica y el programa de inversiones en el Asia y en América Latina, además de nuestro apoyo al Banco Mundial y otras agencias de las Naciones Unidas, representaba nuestro reconocimiento de que el mundo no podría tener paz y estabilidad si una parte del mismo adelantaba mientras las restantes partes quedaban inmóviles o adelantaban demasiado lentamente. Tenemos que crecer juntos por medio del intercambio de mercancías y del conocimiento técnico. Me place decir que nuestro actual primer magistrado, el presidente Eisenhower, si bien pertenece a otro partido político que el del ex-presidente Truman, también ha apoyado fuertemente este objetivo.

Nos acercamos a esa tarea con gran humildad, sabiendo que es enorme. No creemos que nosotros solos bastamos para levantar el nivel de vida de todo el mundo. Nuestros recursos tienen sus límites y, por otra parte, no estamos seguros sobre la forma en que se puede lograr este objetivo. Querer un resultado no es obtenerlo. Existe el peligro de intentar demasiado y lograr sólo que la situación se torne peor que nunca. Por ejemplo, en ciertas partes del mundo, lograr que la población crezca con demasiada rapidez en relación con la limitada producción de alimentos y causar así tal vez la miseria y la revolución. Nosotros nos hallamos empeñados en una política que consiste en fomentar el desarrollo económico sin fomentar la guerra entre las clases sociales y sin afectar la soberanía de los gobiernos libres o los valores de culturas antiguas. ¿Se puede alcanzar este objetivo? Si es así, ¿de qué manera?

Tal es la tarea del economista. Las preguntas que debe contestar son muy difíciles. ¿En qué forma se desarrollaba realmente el crecimiento de los países más prósperos? ¿Cuáles eran las causas profundas del crecimiento y cuáles las superficiales? ¿Se repite el proceso del desarrollo a partir de un marco invariable aplicable en todas partes? ¿Qué modificaciones de-

ben introducirse en ciertos lugares específicos? ¿Cuáles son los papeles que juegan en esto las políticas monetarias y fiscales internas y las del intercambio comercial y la inversión extranjera?

Nadie puede decir que posee las respuestas a estas preguntas. Sin embargo, existe ya un cuerpo de ideas que debe ser accesible a los dirigentes intelectuales de los países en proceso de desarrollo. Eso es lo que significa el estudio del desarrollo económico como campo especial.

Consideremos ante todo, por consiguiente, algunos conceptos que son básicos en el análisis del desarrollo económico. Estas ideas se originaron en Veblen, pero están mejor aplicadas por Ayres en su libro intitulado "The Theory of Economic Progress" (1). En todo el mundo, la conducta humana se puede clasificar en dos órdenes, que Veblen tomó de la antropología. Dichos órdenes son, *primero*, las actividades tecnológicas del hombre, y *segundo*, las actividades ceremoniales o institucionales.

Las actividades tecnológicas pertenecen al trabajo ordinario por medio del cual los hombres se ganan la vida. Estas actividades incluyen la capacidad de emplear instrumentos, herramientas y máquinas, que es una de las distinciones entre el ser humano y los animales irracionales. Junto con la capacidad de razonar abstractamente, esta distinción ha posibilitado la creación de grandes civilizaciones y modos complejos de la vida económica.

Hay que evitar una definición demasiado estrecha de la tecnología o las actividades tecnológicas. Entre éstas cabe incluir el proceso de invención y descubrimiento por medio del cual entraron en uso nuevos tipos de instrumentos y máquinas. Además, incluyen nuevos conceptos abstractos que sirven como instrumentos de mejor pensamiento y mejor organización de

(1) Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1944.

actividades humanas. Por ejemplo, la introducción por los musulmanes del concepto del “cero” en nuestro sistema de números aportó un gran mejoramiento a nuestras matemáticas y, en consecuencia, a nuestra ciencia. Pero era un descubrimiento abstracto más que físico. Por eso, junto con todas las ciencias abstractas, pertenece al aspecto tecnológico de las actividades humanas.

En cambio, las actividades ceremoniales o institucionales son las que la gente practica sólo porque las practicó siempre y porque parecen importantes de alguna manera. Son los hábitos y costumbres tradicionales de un pueblo. Generalmente son formalizadas por ciertas instituciones de control, tales como la familia o la tribu, el sacerdocio, los curanderos mágicos, los militares y el Estado. En un sistema económico moderno la institución más importante de control es el sistema monetario en todos los aspectos, a menos que el Estado intervenga. Pero las actividades institucionales no necesitan instituciones formales o legales para tener influencia. Muchas veces existen sólo en la mente o en las actividades del pueblo, como en las supersticiones de los que tienen fe en los curanderos.

Para regular la vida de sus miembros cada sociedad tiene sus modos aceptados, que van de los menores asuntos de etiqueta hasta los asuntos de gran importancia, regulados por leyes estrictas.

De acuerdo con la cultura, hay vastas diferencias en estas costumbres y reglas. Tal o cual costumbre que una comunidad considera recta y justa es aborrecida por otra. Entre los esquimales se consideraba un acto de devoción el matar a la madre cuando envejecía y ya no podía masticar la carne. Durante muchas generaciones que llegaron hasta este siglo, los japoneses practicaban el infanticidio de las niñas que no podrían criar. Estas son costumbres que mucha gente condena. En cambio, un joven japonés no pensaría en besar en la boca

a una muchacha, hasta obtener ese hábito, recientemente de las películas.

Lo que se considera justo y bueno lo determina la comunidad en el momento del nacimiento de sus miembros. Las instituciones que se respetan y apoyan son las que se conocían y se han enseñado a respetar, por más que difieran de las que imperan en otras partes del mundo. En cambio, las ciencias y la tecnología disponen de pruebas universales sobre la verdad.

En contraste con los valores de las actividades tecnológicas, que sirven para fines prácticos, los valores de las actividades institucionales son principalmente ceremoniales. Dan énfasis a consideraciones de poder y prestigio, y, a veces, incluso de fuerza y fraude, en el idioma de Veblen.

En general, las instituciones que el hombre erige para gobernar su vida económica tienden a resistir las innovaciones y tratan de preservar el pasado. En cambio, las innovaciones tecnológicas producen nuevas invenciones y descubrimientos. Estas nuevas maneras de hacer las cosas conducen a transformaciones en la sociedad y muchas veces impiden los privilegios de las personas que tienen el poder. De esta manera, dijo Veblen, la tecnología y las instituciones llegan a su conflicto. La tecnología representa una fuerza dinámica y las instituciones tienden a quedar estáticas. Aunque la tecnología tiende a forzar ajustamientos en las instituciones, no es cierto que la tecnología siempre triunfe.

Es importante reconocer que este conflicto entre las fuerzas tecnológicas y las instituciones no es un conflicto entre clases sociales (si bien los individuos y los grupos, a veces, se identifican indebidamente con un interés u otro). En el interior del hombre, ciertamente constituye un conflicto de motivaciones y valores el choque entre la urgencia de permanecer confortablemente inerte y la de experimentar lo nuevo y lo no intentado. Todos nosotros nos empeñamos en actividades ceremoniales que consideramos inofensivas —y en su mayor parte

lo son. Es más fácil seguir caminos trillados que adoptar normas de conducta nuevas. Pero cuando el hábito y la costumbre están fortificados por la ley y las reglas, los cambios tecnológicos y sociales necesarios en una sociedad progresiva pueden encontrarse inhibidos y no expresarse, o bien emerger sólo en forma torcida. Sin embargo, a diferencia de la lucha de clases, este conflicto puede en general ser resuelto por medios pacíficos, si se lo prevé a tiempo.

Hoy, cuando vemos la sociedad industrial, no podemos evitar el reconocimiento de la capacidad del ser humano para usar instrumentos. Vemos sus maravillosas creaciones materiales y el mayor nivel de vida que ha posibilitado. Pero en la mayor parte de las sociedades la gente recibe como natural las actividades tecnológicas y honra mucho más las actividades ceremoniales. Históricamente, por ejemplo, los egipcios antiguos, que tenían algunos de los artesanos más hábiles del mundo, dedicaban sus esfuerzos a erigir monumentos de significado puramente ceremonial, y en consecuencia permitieron que su gran cultura muriese. Los grandes filósofos griegos mostraban una actividad semejante hacia la base económica de su civilización. Hoy ningún país puede permitirse el lujo de semejante actitud.

Las instituciones pueden permitir la innovación o pueden impedirla. Ahora sabemos que la invención del método de imprenta por medio de caracteres móviles de metal en el siglo quince fue un gran logro del mundo occidental, porque facilitaba la lectura y la difusión del conocimiento exacto de las ciencias. Pero el mundo de los musulmanes, que llegó a un alto nivel de cultura en Bizancio, rechazó el uso de la imprenta porque ese mundo interpretaba en forma estricta el mandato bíblico contra las imágenes grabadas. Al privarse así de esta gran invención, Bizancio hizo un daño irreparable a su civilización.

Estos casos históricos ilustran el problema de cada sociedad que quiere crecer, que es el modo de ordenar sus ins-

tituciones para facilitar la innovación sin debilitar su estabilidad y sus valores antiguos. Si las instituciones fueran demasiado rígidas, el crecimiento sería imposible. Siempre es necesario tener en cuenta la relación que hay entre las disposiciones institucionales existentes y los objetivos que la sociedad desea perseguir. Por ejemplo, una agricultura progresista requiere por parte de los granjeros buena voluntad para experimentar nuevas técnicas, cultivos de tierras y arreglos de precios, tales que aseguren que los beneficios irán a aquéllos que realmente aumenten la productividad. Requiere también instituciones de crédito que faciliten el ensayo de los nuevos métodos. Si las instituciones no promueven el uso de métodos mejores, el empleo de éstos se verá demorado. Tal es la causa por la cual el economista no puede contentarse con estudiar la tecnología de la agricultura; debe comprender también el marco cultural al cual esa tecnología será aplicada. Lo mismo cabe decir de la explotación de las riquezas naturales, del desarrollo del sistema de transportes y de la dirección de la industria; en cada caso existe una tecnología apropiada y cada una tiene su contorno y su base institucional.

Estos conceptos básicos solamente son, por supuesto, el comienzo de una teoría general del desenvolvimiento económico, pero creo que son muy útiles para comprender los problemas básicos del desarrollo. El conflicto entre las necesidades de progreso tecnológico y las instituciones que lo traban es un episodio muy repetido en la historia de los países que están en desarrollo. En verdad, bajo las condiciones que imperan en el siglo veinte, rara vez uno puede decir que la falta de una solución técnica disponible difiere la solución de un problema. Lo que con mayor frecuencia se yergue en el camino de esto es una actitud, o una costumbre, o una restricción legal que impide la aplicación de la solución obvia.

DR. JAMES H. STREET
Prof. Adjunto de Economía de la
Universidad de Rutgers